



La Estrella de Belén

Era Noche Buena. Campanas anunciaban el natalicio del Niño Jesús y por todos lados los niños felices estaban cantando cantos navideños. La familia Jiménez estaba reunida delante de la chimenea en su casita. Los hijitos escucharon atentamente mientras su papá les contaba la historia de los magos del Oriente que guiados por una estrella, llegaron a Belén donde encontraron al Niño Jesús.

La pequeña María encantada al oírlo, abrió bien grande sus ojitos azules y preguntó: “Papaíto, ¿brilla todavía la estrella de Belén?”

“Claro, mi Hijita. La luz de ese astro hermoso nunca se ha apagado.”

“Mamaíta, ¿cree usted que veremos ese astro alguna vez? Preguntó María.

“Yo lo creo. Y tal vez podremos seguirla mañana por la noche,” contestó la madre.

“Los dos niños se pusieron muy contentos. ¡Cuán alegre sería ver la estrella de Belén y visitar al Niño Jesús!

Juntos cantaron “Allá En El Pesebre” y en seguida repartieron los regalos de Navidad. Roberto encantado, agarró sus patines y exclamó: “¡Exactamente lo que yo deseaba!” María con una sonrisa de placer, tomó en su bracitos su nueva muñeca y aun Max, el perrito, se puso muy contento al recibir su ratoncito de hule. Corrió por la casa mordiendo su nuevo juguete que chillaba fuerte con cada mordida que le daba.

El día siguiente todos amanecieron felices. Era Navidad. Durante las horas María y Roberto pensaban en lo que Papá y Mamá les habían dicho de la estrella.

Por la tarde Mamá llamó a sus hijitos y les preguntó: “Niños, ¿todavía quieren seguir la estrella de Belén e ir a buscar a Jesús?”

“¡Oh, sí, sí!” contestaron bailando de gozo.

“Entonces apúrense... Pongáense sus abrigos y agarraremos camino.” En un dos por tres estaban listos.

María preguntó:

“¿No creen que nos conviene llevarle algún regalo como hicieron los Magos?”

“Sería bueno”, contestó la madre. Entonces se fueron corriendo a sus cuartos. Roberto recogió su más hermoso libro de cuentos y María recogió una de sus mejores muñecas.

“Adiós, Papaíto,” clamaron al salir por la puerta de la calle. “Cuide bien a Max.”

Muy luego salieron del pueblecito y se metieron en el bosque de la montaña. Roberto ayudó a Mamá a cargar la canasta que ella había llenado de ropa y manjares deliciosos, y María tomó la otra mano.

“Mamaíta, ¿no puede ver aquella hermosa estrella que aparece por encima de los árboles? Me parece que nos está guiando. ¿Será esta la estrella de Belén?”

“Es posible. Sigámosla.” Luego llegaron a un claro en el bosque. Delante de ellos, en la orilla de una laguneta, estaba una humilde choza. Una pequeña luz brillaba en su ventanita. En el cielo, sobre la casita centellaba la estrella que ya habían visto. Les parecía que se detuvo directamente sobre la choza.

“¡Miren, miren. Miren la estrella! ¿Creen que aquí puede estar Jesús?”

“Entremos y veremos. Me parece que una estrella nos ha traído acá.”

Tocaron la puerta y una niña les abrió y les invitó a pasar adelante. En el cuarto había mucho frío y no había nada que les hablara de la alegría de Navidad. La niña se acercó a la chimenea y puso un leño sobre el fuego que estaba por apagarse. La Señora de Jiménez le hizo cariño a la muchacha y en seguida se acercó a una cama humilde donde se recostaba una madrecita indígena enferma. Destapó la canasta y entregó a la enfermita la ropa y la comida que habían traído. La niña bailaba de gozo y lágrimas de gratitud corrieron por el rostro de su madre.

Entonces la señora visitante se dirigió a sus hijos y les dijo: “Ahora, Niños, les toca entregar sus regalos al Niño Jesús.”

María y Roberto sorprendidos, miraron por todos lados y por fin dijeron: “Pero, Mamaíta, el Niñito Jesús no está aquí.”

“Pero de todas maneras ¿no creen que a la nena le gustarían los regalos que traen?” Sin decir más, entregaron a la niña el libro de cuentos y la muñeca. Ella los recibió con mucha alegría. Abrazó a la muñeca y le hizo cariño. Se sentó a la orilla de la cama y con gran placer, comenzó a hojear el libro.

Después de charlar un rato, los visitantes se levantaron para despedirse.

“Dios les bendiga”, dijo la enferma.

“Muchísimas gracias,” dijo la nena.

En el camino que les conducía a casa, María dijo:

“Pero, Mamaíta, no vimos a Jesús y los regalos que eran para él, los dimos a la niña.”

“Bien, Preciosa. Los regalaron a Jesús porque él mismo nos aseguró que ‘en cuanto lo hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.’ Y no era la hermosa estrella de Belén que vimos esta noche que nos guió a la choza de las pobres indígenas. En realidad era la mera estrella de Belén, la que llevó a los Magos al Niño Jesús, que nos trajo a la choza de las indígenas, porque a través de los siglos, la estrella de Belén ha brillado y nos anima a seguir el ejemplo de los piadosos Magos.”

- De *Burning Bush* en Juan 3:16